

Entretanto íbamos adelantando hácia el Norte y acercándonos á una hermosa línea de montañas en cuyas cimas se agrupaban negros vapores. Algunas hordas de tsiganos sorprendidos por la tempestad y que habian levantado sus morenas tiendas en la llanura se preparaban para recibir la borrasca. Bajo esos ahumados abrigos se recogian mujeres, muchachas medio vestidas, y cerca de ellas se acurrucaban algunos infelices muchachos enteramente desnudos, de miembros cenceños, de vientre abultado, y que venian á ser criaturas disformes. La pradera se convirtió luego en un profundo lodazal; caballos, escolta y carruajes se abrian un camino en el agua, y si se presentaba una hoya hacian los postillones por evitarla ó bien la saltaban los caballos á fuerza de latigazos y de gritos. Era cosa singular ver bajo ese cielo negro y ceniciento cuatro carruajes que surcaban la anegada pradera, y que á cada hoyo inesperado, á cada bache oculto bajo el agua, parecia que iban á volcar ó á quedarse sumergidos en el barro. En esos momentos todo el mundo redoblaba sus esfuerzos. Los *dorobantz* siempre atentos ofrecian al vacilante carruaje un benéfico punto de apoyo, y los postillones se dirigian á los espumantes caballos, no ya con gritos sino con palabras dulces y con discursos semejantes á un es-

tímulo fraternal. En efecto, esos desdichados animales sobrepujaban sus fuerzas en tan larga y difícilísima marcha. Llegamos por fin á Buzéo entre los estampidos del trueno y la copiosa lluvia de temporal deshecho, de suerte que el agua apenas nos dejaba distinguir los verdes campanarios y las blancas paredes de la vasta abadía, digna morada de un obispo que es de los mas ricos prelados de Valaquia. Nuestra escolta por fortuna se habia aumentado, y su auxilio nos sirvió de mucho para atravesar un torrente cuyo lecho aun no habia colmado la lluvia: mas al llegar cerca del Buzéo que corre entre dos márgenes muy escarpadas, temimos de veras que allí se quedara mi carruaje, pues aunque habia pasado sin avería el torrente, cuya rapidez era ya terrible, cuando estuvo en el lado opuesto fué menester mas de media hora de esfuerzos y de gritos, y mas de veinte caballos para hacerle subir por la resbaladiza pendiente, sin embargo de que nosotros salimos mucho antes por la portezuela y por los lomos de los caballos que nos sirvieron de banquillo, salvándonos así de un terrible lodazal de dos piés de profundidad.

Habiamos de hallar camas en Rimnik, en donde el gentilhombre válaco Mr. de Nikolesko, advertido de nuestra llegada, nos preparaba el recibimiento

en el mismo instante en que nos hallábamos inundados por el agua del cielo, y casi sumergidos en los fangosos abismos de la llanura. Por desgracia, al estar cerca del Rimnik que habíamos de atravesar antes que llegáramos á la posada, lo encontramos tan irritado, que ninguno de nuestros guías quiso probar á vadearlo en medio de aquella oscuridad profunda, de suerte que hubimos de conformarnos con pasar la noche en los carruajes y en la choza de un pobre labrador, que no podía ofrecernos sino un poco de paja sobre la cual no hubiera querido tenderse un caballo, por poco que blasonara de casta inglesa. Hacia las tres de la madrugada el cielo se había serenado un poco, el río era vadeable, y no tardamos en hallarnos en Rimnik.

Ese contratiempo nos privó de aprovecharnos de una agradable hospitalidad, cuyos preparativos estaban hechos desde el día antes. Llegando á esa hora incómoda nos hubiera causado verdadero escrúpulo de conciencia trastornar la casa de Mr. Nikolesko; y por lo mismo hemos seguido sin dilación el viaje hacia la frontera moldava.

La casa del noble boyardo parece vasta y suntuosa, y está construida al gusto italiano con galerías abiertas. Rimnik es ciudad bastante considerable y tiene un castillo hecho de ladrillos y de

gusto turco. En esta plaza, Souvaroff, se batió con Mustafá-Bajá, alcanzando una victoria que le valió el título de conde de Rimnik. Cuando amaneció el día 18 el tiempo era hermoso, la llanura tenía un aspecto de frescura que encantaba la vista, un sol bienhechor calentaba nuestros entorpecidos miembros; y olvidados á poca costa de las fatigas de una noche detestable, llegamos á Fokschani en donde M. Jorge Razo, presidente del distrito, nos recibió con solícita cortesanía.

Fokschani es el límite de la Valaquia: de suerte que el Milkove, arroyo que cruza la ciudad por el medio y sobre el cual hay un puente de tablas, marca la frontera comun á los dos principados. Semejante situación es favorable al comercio, y por esto la ciudad parece muy poblada, particularmente de judíos. La fonda de Francia que es de un frances, recibia parte de los espedicionarios, mientras el presidente me dispensaba el honor de hospedarme en su casa y en la fracción válaca de la ciudad, y el ispravnik ó gefe de policía venia tambien con nosotros para ofrecernos sus servicios. El distrito á que pertenece la ciudad se llama Putna y contiene veinticinco mil familias. Habita en esta frontera un misionero frances, católico romano, cuyo culto tiene en Valaquia veinte iglesias, y sesenta

en Moldavia. Cuando este melancólico sacerdote se ha encontrado con franceses, en vez de abandonarse á la natural alegría de oír hablar de su lejana patria, ha preferido ocupar á sus compatriotas con interminables lamentos acerca de los hombres y de las cosas del país en donde vive hace muchos años: con tales sentimientos y tal carácter debe su vida ser muy triste en esas lejanas soledades.

Pareciéndonos que aquella era razón favorable para clasificar los muchos documentos con que nos habían enriquecido nuestros amables huéspedes de Bukharest, antes de dejar la Valaquia los colocamos del modo más conveniente, á fin de dar á los lectores una idea del país que recorrimos. Es cierto que la corta permanencia de seis días en el territorio del principado, no nos ha permitido reunir por nosotros mismos datos completos acerca de esos países; sin embargo, nos proponemos sacar provecho, en la sencilla exposición que vamos á presentar, de la lectura hecha en algunos ratos de ocio que nos proporcionó la navegación por el Danubio, y del resultado de nuestras conversaciones con las personas instruidas que nos hizo conocer en Bukharest nuestra propicia fortuna.

Si consagramos algunas páginas á la historia antigua del pueblo vólaco, no por esto queremos en-

trar en la discusión de su origen más formalmente de lo que nuestro objeto merece; pero al considerar los rasgos distintivos de esos pueblos y los recuerdos que conservan, teniendo en cuenta las tradiciones romanas, cuya fecha es de diez y ocho siglos, sería casi una crueldad disputarles su glorioso origen que se remonta á los dacios y á los romanos. Por otra parte, no pensamos en sostener en juicio que sean apócrifos esos dacios de mármol que aun vemos en la columna trajana, tan semejantes á los vólacos de nuestros días; pero dejemos esos orígenes, y vámonos de pronto á la historia del principado.

Hé aquí en pocas palabras lo que en los libros hemos recogido acerca de las antiguas edades de estas comarcas.

Hacia los primeros días de nuestra era, los países divididos hoy con los nombres de Valaquia, Moldavia y Transilvania, formaban á poca diferencia todos juntos el reino de aquellos terribles dacios tantas veces mencionados en las Odas de Horacio, y que descendían de los Scitas ó de los Sármatas. Por mucho tiempo fueron tan temibles, que cuando los acaudillaba su rey Decébal, Roma hubo de temerlos y Domiciano aceptó una paz vergonzosa. Deseoso Trajano de vengar esta humillación, dos

veces llevó sus victoriosas legiones al Danubio, y de esa época datan los interesantes vestigios de que hemos hablado en otra parte, y el atrevido puente cuyos restos se ven todavía no lejos de Skela. Sometida la Dacia, las colonias romanas se posesionaron de esa tierra, por largos siglos bárbara, adonde Roma mandaba de gobernador á uno de sus pretores.

Semejante estado de cosas duró hasta el siglo tercero, en cuya época precipitóse sobre la Dacia una invasion de godos y de hunos, cuando el imperio romano caminaba ya hácia su ruina, por lo cual Aureliano se satisfizo con llamar á los colonos, á quienes señaló otras tierras en la Mesia. En breve tiempo todos esos paises arrancados á Roma, fueron alternativamente presa de los hunos (muerto Atila los hunos fueron confinados á la Scytia) de los gépidos que trataron con los romanos, de los lombardos que en el reinado de Justiniano fueron á conquistar la Italia, y de los ávaros ó hunos blancos, que segun afirman historiadores, osaron amenazar á Bizancio y fueron destruidos por Heraclio.

Desde el siglo VII al IX, encontramos la antigua Dacia ocupada por los slavos y los búlgaros que pasaron el Danubio con ánimo de apoderarse de esos

fértiles paises; y si hemos de dar crédito á ciertos escritores, debería atribuirse precisamente á esa época de la invasion de los slavos el origen del nombre de Valaquia, dado mas tarde á esos pueblos. Segun esos autores los slavos solian distinguir á los romanos con el dictado genérico de Vlacci ó Vlasi: y no es de admirar que diesen el mismo nombre á un pueblo que, por largo tiempo, estuvo sujeto á las leyes y al gobierno de Roma. Los aficionados á etimologías, hallan una para el nombre de Vlacci, como para tantas cosas las encuentran. Suponen que habiendo venido á fijarse en la Dacia las primeras colonias romanas acaudilladas por un cierto Flaccus, á todo el pais se le dió el nombre de Flaccia, y á los pueblos el de Flacci, de donde se derivan el Vlacci de los slavos y el moderno *válaco*. En nuestro concepto, lo mas prudente en estas fútiles discusiones de nombres y de orígenes, es remitirse á los mismos hijos del pais, cuya tradicion local es muchas veces mas segura que las investigaciones de los historiadores. Ahora bien, si consultamos acerca del origen de ese nombre á los habitantes de la Valaquia, responderán que el nombre de válaco, que es moderno, no aparece en la historia hasta el siglo duodécimo, y que se lo aplicaron los extranjeros, al paso que es casi des-

conocido entre el pueblo del principado. Este pueblo se llama *Rumann*, Romano, y da á la Valaquia su patria, el nombre de *Tsara Rumaneska*, esto es, Tierra Romana. Las armas válacas, además, son el águila de Roma, á la cual se ha añadido una cruz: y finalmente, si se remite uno á la fisonomía varonil y robusta de la población, que ofrece una increíble analogía con la de los transteverinos de nuestros días, si se escudriñan su lengua, sus juegos y sus fiestas, en todo se encuentran las huellas nada dudosas del ilustre origen de que los válacos blasonan. Y sería muy mal recibido quien viniese á contradecir ese origen; y además, ¿hay algún daño en que ese pueblo sienta dentro de sí mismo un poco del noble orgullo que le ha sostenido y consolado durante sus reveses? Según todas las apariencias, pues, el pueblo de la Valaquia es en nuestros días el representante de los dacios y de los romanos, y los slavsos venidos al país á fuer de conquistadores, constituyen la nobleza.

Algunos de esos slavsos, sin embargo, llevando consigo algunos antiguos habitantes de la Dacia, se establecieron separadamente entre el río Olt y el Danubio, para sustraerse á los desastres que con tanta frecuencia desolaban esos desdichados países. Esos pueblos acabaron por constituirse en nación y

elegir un jefe dándole el nombre de Bann. Tal es el origen del Banato, parte de la Valaquia, que sigue la márgen del alto Danubio, y cuya capital es Craïova.

En el siglo décimotercero, las sucesivas invasiones de los Scitas y de los Tártaros¹ de Tchinguis-Khan, ó Gengis-Kan, habian arrojado de la Dacia casi toda la población antigua: la Valaquia y la Moldavia muy despobladas, se pusieron bajo la protección de la Hungría, y hácia ese tiempo, en que reinaba Luis I, nos encontramos con *Raddulo negro*, ó Rodolfo el Negro, primer vaivoda de la Valaquia, propiamente dicha. Este jefe, arrojado del país húngaro por las irrupciones de las hordas tártaras de *Batu-Khan*, volvió con sus estremecidos compañeros á buscar un asilo en esas soledades, que eran su antigua patria. Las provincias respi-

¹ Sin entrar aquí en una discusión que podría calificarse de inoportuna, diremos, no obstante, que de *tártaros* á *tártaros* hay mucha diferencia, y que si bien en las hordas que acaudillaba Gengis-Kan habia unos y otros, los *tártaros* fueron el núcleo de la nación que llegó á formar y del ejército que mandaba cuando invadió el centro de Asia y la Europa. Y lo que apuntamos muy de propósito para evitar que se nos tome á equivocación haber escrito *tártaros* y no *tártaros*, como algunos lectores podrían quizás imaginárselo.—[Nota del traductor.]

raron y adquirieron nuevo ser bajo sus vaivodas. Los válacos, disciplinados poco á poco y diestros en la guerra, se hicieron bastante poderosos, no solo para rechazar todas las tentativas de dominio por parte de los húngaros, sino tambien para invadir á sus vecinos los turcos, cuyo pais habia quedado descubierto hácia el Danubio. Bayaceto desbarató á tiempo semejante empresa, é hizo tributaria la Valaquia.

Durante cerca de un siglo, los válacos, ya solos, ya auxiliados por los húngaros, intentaron, aunque en vano, sacudir el yugo de la Turquía, que á cada invasion malograda se hacia mas intolerable, hasta que en 1520, habiendo Mahometo II derrocado al soberano de la Valaquia, envió á ella un nuevo vaivoda con el título de bajá, é hizo con la misma un tratado cuyas principales bases son todavía inherentes á la constitucion nacional. En los años inmediatos á ese convenio, el influjo turco fué en progresivo aumento, y en 1544 una porcion de territorio válaco pasó al imperio otomano, que hizo construir en las márgenes del Danubio las fortalezas de Ibrail, Giurjevo y Turno, en las cuales puso guarniciones.

Tal era el estado de las cosas cuando en 1593, un vaivoda llamado Miguel, resolvió sacudir el yu-

go de los otomanos, y sostenido por alianzas oportunamente contraidas puso en riesgo el poder de los turcos á quienes habia arrojado de sus fortalezas, en términos que Mahometo III á la cabeza de un formidable ejército, y despues de luchar por mucho tiempo, hubo de desistir de sus pretensiones. Acaecida la muerte de Miguel, el desórden y la confusion introducidos en el consejo del clero y de la nobleza hicieron caer de nuevo la Valaquia bajo la autoridad de los sultanes, que otra vez comenzaron á intervenir en la eleccion del vaivoda, para quitar la libertad de los electores, y á cobrar el tributo.

Mientras tanto, hácia fines del siglo décimoséptimo, Bukharest se convirtió en sede del gobierno de los válacos, y Besarab que reinaba en 1710, habia tomado una actitud bastante imponente para que las grandes naciones vecinas ambicionasen su alianza. El reinado de este príncipe fué célebre por sus relaciones harto tímidas con el Austria y con Pedro el Grande, y por las fatales incertidumbres que le costaron la cabeza. Poco despues de su muerte la Puerta reunia los dos principados de la Valaquia y la Moldavia bajo un mismo régimen, abolia definitivamente el derecho de elegir los vaivodas, y les enviaba un soberano nombrado por ella misma

de entre las familias griegas de Constantinopla, á quienes el largo hábito de la sumision hacia instrumentos á propósito para ejecutar su voluntad absoluta.

Nicolas Maurocordato fué el primer vaivoda que gobernó los dos principados. En la época de su sucesor Constantino y corriendo el año 1740 el pais disfrutó por último algun tiempo de estabilidad y de paz: mas hácia el fin de ese siglo, habiendo estallado la guerra entre la Puerta y la Rusia, nuestro ejército ocupó los principados, y las plazas de armas del Danubio durante cuatro años, al fin de los cuales se hizo el famoso tratado de paz perpetua, concluido en el campo de Kutchuk-Kaïnardji el dia 10-22 de Julio de 1774. Segun el art. 26 de ese convenio, se restituian los principados á la Puerta que recobró sus fortalezas; mas la grande emperatriz que dictaba entonces leyes, al consentir en esa restitucion, hacia garantizar á los habitantes de la Valaquia y de la Moldavia el libre ejercicio de su culto, la facultad de trasladar á otros puntos sus personas y sus bienes, y la exencion de impuestos por determinado número de años. Alcanzó tambien para los soberanos de los principados la gracia de tener cerca del sultan algun encargado de negocios cristiano, y reservó á los ministros y al cónsul de

Rusia el derecho de representacion por todo lo relativo á los asuntos de los principados cerca de la sublime Puerta. En 1784 el sultan Abdul-Hamid renovó en un rescripto especial, todas las cláusulas favorables á los dos principados, renunció el derecho de establecer á sus súbditos en aquel territorio, y moderó las sumas que en adelante se exigirian, así por lo tocante á los tributos como por lo respectivo á los presentes.

No tardó la política otomana en olvidar esos solemnes tratados, y cuando en 1789 estalló la revolucion francesa, habia sido indispensable una nueva ocupacion por los rusos y los austriacos, y ésta produjo el tratado de paz de Yassy en que se fijó la suerte de los principados sobre las bases de los convenios de 1774 y 1784 mas arriba citados.

La tendencia que al comenzar el siglo actual manifestaba el gobierno otomano hácia una alianza con el emperador Napoleon, hizo que otra vez se considerase necesario ocupar los principados. Desde 1806 á 1812 los rusos conservaron su territorio, y el tratado de Bukharest que fijó en el Pruth los límites de nuestro imperio, vino á confirmar todas las antiguas garantías dadas á los principados, aligeró sus cargas, y fijó en siete años la duracion del reinado ó gobierno de cada Hospodar. Regia en-